

## “EL CIEGO DE ESTAMBUL” DE HERMENEGILDO DELGADO BUJALANCE

José Luis Pérez Fuillerat

Hermenegildo Delgado Bujalance tiene escritos y publicados relatos y composiciones poéticas anteriores a esta su primera novela.

Como admiro y conozco las virtudes/ventajas que rodean al autor, debo decir que en su familia se respira, se vive la pedagogía (esposa, hijo e hija, profesores). Saben, con Gabriel Celaya, que “*Educación es lo mismo / que poner un motor a una barca.../ hay que medir, pesar y equilibrar.../ y poner todo en marcha*”. Por tanto, con familia tan equilibrada, ningún estrés añadido a lo que la cotidianidad nos puede presentar, como inconveniente, para el oficio de escritor. Oficio muy bien ejercido por el autor, y que los lectores podrán comprobar a medida que avancen en la lectura de esta novela.

Hermenegildo Delgado es Licenciado en Ciencias Económicas por la UMA y ha sido Inspector de Educación Secundaria en Málaga durante muchos años. Sin duda, un Inspector muy apreciado, tanto por sus compañeros de Inspección como por los directores de Institutos de Educación Secundaria y profesores. Doy fe. Si se añade a esto que, también como yo, es cordobés (¡y no es por presumir...!), pero rebautizados ambos \*cordoleños, ya tenéis ahí a un hombre-árbol, con raíces de Sierra Morena, florecido al aire marinero de nuestra Ciudad del Paraíso.

He nombrado la palabra “oficio”. Pues sí, la impresión que queda, una vez terminada su lectura, es que se trata de un autor que conoce muy bien el género narrativo y que debe seguir su demostrada tarea/vocación de novelar. Yo así se lo he confesado: esta novela es obra de un escritor avezado, que ha escrito durante toda su vida y que debe tener guardadas en el cajón de su escritorio y memoria otras muchas ideas para que de *homo scriptor*, pase a ser *homo narrator*, como queda confirmado en esta novela.

Marcel Proust dijo, para destacar **la imaginativa**, el llamado sexto sentido: “*Dejemos los viajes para los hombres que no tienen imaginación*”. Pues en la novela de Hermenegildo Delgado hay mucho más: desde luego viajes, imaginación y una tercera, que se le quedó en el tintero al autor de “*À La recherche du temps perdu*”, y es el trabajo, la dedicación. Porque como dijo Gabriel García Márquez “lo más angustioso que conozco, después de la soledad, es la hoja en blanco”.

Hermenegildo no ha querido quedarse en escritor ágrafo, aquel que dormita como autor en potencia y nunca ve realizada su obra. Escribir y

publicar son acciones diferentes. Todo experto lector se convierte en archilector, lector competente, que es lo que significa ese término acuñado por Michael Rifaterre. Lo de publicar es otra cosa. Desde luego necesaria, para que los lectores puedan compartir las experiencias del escritor. Los tesoros escondidos adquieren valor cuando se encuentran (y si se reparten, mejor).

Y ya sabéis lo que nos pasa a los veteranos: estamos exentos de vanidad, porque ‘no tenemos nada... que ganar’ y sí mucho respeto a los posibles lectores. Y Herme (lo nombro así familiarmente), con una vida ya vendimiada, decide, felizmente, que vea la luz (nunca mejor dicho) **EL CIEGO DE ESTAMBUL**. Porque Yorgos, el personaje principal de la novela, desde que perdió la vista siendo niño, ve, nos dice él mismo en varios pasajes: “*Ahora he de aprender a ver, y seguro que veré. Tal vez de otra manera, tal vez otra cosas, pero veré*”. Se percibe el eco del también poeta ciego Max Estrella, en *Luces de Bohemia*. Ciegos metafísicos, porque ambos afirman que ven cosas que los demás no pueden percibir.

Pero aunque una novela nace mediante imágenes visuales y se consolida con la palabra escrita, su mundo narrado se traduce siempre en **audición**.

En efecto, estamos ante una novela polifónica. Diferentes voces narradoras cuentan la historia, no muy remota de Estambul, cuyo actante sujeto es el músico ciego Yorgos -personaje central de los diferentes relatos-, acompañado de su familia y amigos en su recorrido artístico, y que adquieren voz propia en la narración.

Un narrador omnisciente, heterodiégetico, como estrella de los relatos intercalados por siete narradores con voz propia: Cloude, Ilhan, Nazim, Alexis, Ayshe y el propio Yorgos. En todos estos relatos, el narrador, dominador de la diégesis, aparece en letra cursiva, sin duda elegida así por el autor, para que los narratarios (lectores ya travestidos) distingan entre lo más imaginativo, en la vida de los diferentes relatores, de lo más auténtico, dentro del mismo universo fictivizado (Siegfried J. Schmidt).

Se trata, por tanto, de una serie de relatos hipodieéticos, enlazados por la voz del narrador omnisciente que **se inmiscuye**, unas veces, para continuar o aclarar el relato de su personaje; otras, incluso, para dominarlo de forma absoluta, convirtiéndose, en este parlamento que suscribo entecomillado, en narrador homodieético; es decir, no deja la voz a su personaje, sino que participa con él (ella en este caso) como uno más: “*me vais a perdonar pero ahora voy a ser yo mismo quien cuente la siguiente historia*”, nos dice, interrumpiendo la voz de Ayshe.

Diferentes técnicas narrativas permiten al lector ir avanzando a través de las secuencias contadas estratégicamente por el narrador principal: analepsis, distasias o rompimientos, anagnórisis (reencuentro/reconocimiento, en uno de los más emotivos relatos).

A través de la figura del personaje Yorgos, su música, sus actuaciones en diferentes lugares, algunas prohibidas por las autoridades, sirven para hacer un recorrido por Estambul: las costumbres turcas, el enfrentamiento civil, el viaje del protagonista a Francia, hasta llegar a instalarse en el sur de España, que sirve al narrador para recordar la guerra civil española y algunos acontecimientos sangrientos (alusión a “*la desbandá*” entre Málaga y Almería); así como, a través de un personaje, artista calígrafo, la ciudad de Granada y su monumento nazarí, la Alhambra.

La función poética campea por toda la novela: lo observamos y disfrutamos en el título de los relatos integrados en las diferentes voces (“*Sepia es el color del tiempo*”; “*Sobre el agua se dibujan las sombras*”); la interpolación del cuento del personaje Ömer, titulado “*Un jardín donde el amor colgaba de los árboles*”; los versos en boca del propio Yorgos y de los diferentes relatores, como este *gazel* (o *gacela*: manifestación poética por el dolor o la pérdida de un amor perdido), cantada por Ayshe:

Sin consuelo junto al río,  
la niña chica lloraba.  
Sin consuelo sobre el río,  
sus lágrimas lo desbordaban  
y el río ya no era río,  
que era ya la mar salada.  
Sin consuelo junto al río,  
la niña chica lloraba:  
su amado partió temprano  
más allá de las montañas.  
Sin consuelo sobre el río,  
cuando la noche se apaga  
y las estrellas ocultan  
tras las nubes su mirada,  
¿dónde se escondió la luna?  
¿dónde mi amor su esperanza?  
La niña chica lloraba:  
luna de la noche negra,  
para que no se perdiera,  
alumbra el camino  
que mi amor ya llega.

La niña chica cantaba:  
luna de la noche clara,  
para que (nunca) tropiece,  
alumbra el camino  
que mi amor ya viene.

Tono y fuerza poética en las descripciones de lugares; los magistrales y vivos diálogos, plenos de lirismo a lo largo de toda la novela; incluso el barco “Buenaventura”, bautizado así con el corazón en la memoria del autor.

Un rico y preciso léxico turco, con citas oportunas de instrumentos musicales (el *ney*, que toca el ciego Yorgos, o los de percusión: *tambur*, *kemenche*, *davul*, o el *baglamá*, de cuerda); la bebida emblemática, el *raki*, frecuente en las veladas presididas por el “*saki*” o “*simposiarca*”, como lo nombraban los griegos. Y sobrenadando en algunas descripciones de lugares turcos, la presencia casi sagrada de los gatos.

Para facilitar la comprensión de las palabras turcas, que aparecen constantemente, hay que agradecer al autor el glosario final, muy completo y debidamente alfabetizado.

Esta exquisita y cuidada novela es una historia que nunca termina, porque empata con los narratarios, de tal manera que, una vez deshechos de su disfraz (*desfictivizados*) y transformados en lectores, vuelven instintivamente a lo leído, en una contagiada analepsis (técnica del salto atrás), de la que hace uso constantemente el autor.

Una obra, en definitiva, de un escritor que conoce muy bien el arte y oficio de contar, que nos deja sobre el papel su experiencia/conocimiento, en este caso, de una ciudad mágica y acogedora, mixta de razas, costumbres y credos, exaltada mediante el superlativo hebreo: la ciudad de las ciudades, Estambul.

Málaga, 13 de octubre de 2021